

Inventivas de visibilidad feminista: imágenes, textos y monumentos en tiempos de covid-19

Por Elisa Niño Vázquez*

Introducción

La presencia que han tomado en los últimos años los movimientos feministas en México -y otros territorios- para articularse y manifestarse en su lucha contra la violencia, ha mostrado un desborde de formas creativas que se expanden con celebridad en una porosidad calle/red sociodigital, ensanchando las posibilidades de denuncia y transformación. Los años 2016, 2018 y 2019, estuvieron particularmente teñidos de morado, de rosa glitter, de verde, de negro, e inundados de agitaciones crecientes contra la violencia sexual, el feminicidio, la desaparición, por el derecho decidir sobre el propio cuerpo y en defensa de territorios¹ en contextos de represión, autoritarismo, violencias machistas, clasistas y racistas.

La ebullición que estaba en las calles, las redes y las tomas universitarias feministas a principios del 2020 en el país, permeada también por luchas feministas en Argentina, Chile y Estados Unidos, fue interrumpida por un acontecimiento mundial. Con la llegada de la pandemia por covid-19 y las medidas sanitarias determinadas por el gobierno mexicano, en un contexto difícil, el activismo feminista, lejos de suspender su actividad, se volvió aún más importante y sus acciones encontraron distintos caminos para mantenerse. El miedo de contagiarse, contagiar a sus compañeras y a su familia provocó un estado de frustración y tristeza en los primeros meses de cuarentenas, (Portillo y Beltrán, 2020), pero el miedo no logró impedir que se realizaran manifestaciones. Pese a las disposiciones de distanciamiento social y aislamiento en los domicilios, a lo largo del confinamiento los movimientos feministas se ocuparon de manifestarse aumentando su visibilidad, su participación y poniendo temas clave en el centro del debate público. En sus esfuerzos para abogar por la protección de los derechos de las mujeres y sensibilizar sobre la importancia de prevenir y atender la violencia de género, se comprometieron a abordar los problemas relacionados, demostrados y exacerbados por la crisis sanitaria. El movimiento feminista respondió a estos desafíos con una amplia gama de acciones, desde campañas de sensibilización, de información, de denuncia; promoción de políticas públicas que aborden las desigualdades de género y garanticen la igualdad de oportunidades para las mujeres; exigencia al gobierno por mayor transparencia acerca del uso adecuado de fondos destinados a atender las necesidades específicas derivadas de esta emergencia, hasta, protestas con distintos repertorios y formatos.

La pandemia dejó en evidencia la desigualdad económica y laboral de las mujeres. Muchas perdieron sus trabajos y asumieron casi la totalidad de la carga de cuidados domésticos, lo que dificultó su capacidad para participar en la fuerza laboral, para tener solvencia e independencia económica, lo que contribuye tanto a la perpetuación de la brecha salarial como a la posibilidad de prevenir la violencia económica y patrimonial. Pero, además, desde los primeros meses de confinamiento se dio un aumento alarmante

* Universidad Nacional Autónoma de México. Email de contacto: elisa.ninovazquez@gmail.com

¹ Luchas encabezadas por mujeres organizadas -la mayoría autodenominadas feministas- de pueblos originarios y afrodescendientes en conjunto con sus comunidades.



de violencias contra las mujeres. La invitación de aislamiento voluntario *Quédate en casa* del gobierno, en la que concebía el hogar como un lugar seguro para detener la propagación de la epidemia, significó para muchas mujeres, niñas, niños, niñas y adolescentes, quedarse 24/7 con la persona que les violenta. Otros delitos decrecieron, pero aumentaron las llamadas y las denuncias de acoso (un 12.6%), violación (un 56.2%) y violencia intrafamiliar (un 7.7%), según el Sistema Nacional de Seguridad Pública (SNSP). Incrementaron las solicitudes e ingresos a albergues y refugios para niños, niñas, adolescentes y mujeres víctimas de violencia, de acuerdo con la Red Nacional de Refugios A.C. (RNR). La RNR afirmó que registraron un crecimiento del 78.5% de violencia durante el confinamiento en comparación con el año anterior y un 88% de las solicitudes de refugio. Puntualizaron que de los casos atendidos por dicha organización, el 71% de los agresores de las mujeres fueron parejas, esposos o exparejas, de los cuales el 26% tenía antecedentes penales y el 18% vínculos con militares o políticos.

Las noticias de feminicidios no cesaron, #JusticiaParaDanna, #JusticiaParaMichelle, #JusticiaParaAlondra, #JusticiaParaAlexis, #JusticiaParaJessica, #JusticiaParaJudithySara, #JusticiaParaXitlali, #JusticiaParaNayeli, #JusticiaParaElsy, #JusticiaParaElizabeth, #JusticiaParaCarmen, #JusticiaParaMireya, #JusticiaParaNoemí, #JusticiaParaLucero². De los casos que se tienen reconocidos responsables, efectivamente, más de la mitad se trata de varones que conocían a quienes asesinaron, fueron sus parejas sentimentales o *cuidadores* de las menores de edad. Sin lugar a duda, el encierro de quienes pudieron quedarse en casa sabiendo de estos casos día a día, tiñó de rabia, desesperación, hartazgo, tristeza y miedo a muchas mujeres, feministas o no, organizadas o no. En las plataformas sociodigitales se circuló información, se expresaron sentires ante los hechos y se usó el hashtag correspondiente como una manera de sumarse a la exigencia de justicia que levantaban familiares y personas cercanas a estas niñas, adolescentes y mujeres.

Ante este escenario y la negación por parte del presidente de la República, Andrés Manuel López Obrador, de que hubiera un incremento de la violencia en las familias mexicanas, bajo el argumento de que éstas son fraternas, se valoran las tareas de cuidado de las mujeres y el 90% de las llamadas de violencia contra la mujer son falsas, el movimiento feminista levantó la campaña #NosotrasTenemosOtrosDatos. A esas alturas era latente la percepción de que el Estado mexicano no reconoce la violencia, ni garantiza la seguridad de niñas, adolescentes y mujeres, y por el contrario, las revictimiza en la denuncia, e incluso sus propios cuerpos de seguridad están implicados en abusos de poder (Vargas, 2021). Para finales de mayo se reconoció por parte del gobierno que había un aumento en la violencia y el gobierno federal lanzó la campaña *Cuenta hasta 10* a modo de prevención. Diversas organizaciones y colectivas feministas y de mujeres reaccionaron a la campaña en redes expresando que el diseño y la narrativa de ésta refleja la falta de perspectiva de género del gobierno.

El #NosotrasTenemosOtrosDatos, tomó lugar, específicamente, a partir del #JusticiaParaDiana, por el feminicidio de la joven en Nayarit dentro de su casa, y, en menos de 24 horas, el #JusticiaParaLeonila, otro feminicidio también en su hogar y en el mismo Estado. Se crearon cuentas en Twitter, en Facebook y se empleó el hashtag para expresar: Las mujeres no ‘aparecemos’ sin vida, a las mujeres nos asesinan y lo hacen con la saña y odio que les otorga la impunidad. #NosotrasTenemosOtrosDatos exigimos #JusticiaPara-

2 Este escrito no es suficiente para cubrir a cada una de las mujeres niñas y adolescentes, no sólo por el suceso que terminó con sus vidas, sino porque lo que se puede y es necesario decirse de ellas es por supuesto mucho más que el feminicidio y no alcanzaría a rendirles homenaje como corresponde



Diana y para todas las mujeres asesinadas en el país. #EstadoFemicida. La protesta digital con el hashtag no sólo entregó datos duros y crudos sobre el aumento de violencias en un contexto de reducción de servicios de protección, sino que compartió testimonios de múltiples violencias. Muchas mujeres usaron el hashtag para evidenciar las violencias durante la cuarentena. Desde distintas localidades se publicaron cifras de violencia; 88.803 llamadas al 911 relacionadas con incidentes de violencia contra la mujer según datos del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SENSP). Organizadas, las activistas del #NosotrasTenemosOtrosDatos crearon un foro virtual los lunes para que grupos, feministas y ciudadanas en general de diferentes lugares de la república mexicana dialogaran de forma virtual sobre derechos políticos, datos de violencia, políticas y presupuestos designados. En esa misma dirección, se articuló por parte de activistas y organizaciones de la sociedad civil el Observatorio de Género y COVID-19 en México, ante la urgente necesidad de monitorear, evaluar y difundir el impacto socioeconómico de la pandemia y enfrentar posibles violaciones de derechos humanos producto de las políticas implementadas por el Estado mexicano o, por la ausencia de éstas.

Justamente en relación con los derechos humanos, un suceso relevante se dio en septiembre de 2020 cuando colectivos de víctimas, activistas y feministas, tomaron las instalaciones de la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) para reclamar a las autoridades su negligencia en la reparación del daño. Si bien hubo circulación de personas por la toma, en su momento la habitaron madres de personas que fueron desaparecidas, asesinadas y violadas, mismas que tienen años haciendo seguimiento a las carpetas de sus familiares. A lo largo de la toma se realizaron convocatorias vía redes sociales para llevar apoyo, pero también para invitar a eventos como la *antigrita* en donde se cantó *Canción sin miedo*. Con el paso de los días se presentaron desacuerdos por las formas y contenidos de los pliegos, de las posibles negociaciones y de la forma de habitar la sede. Ello fue seguido en redes sociodigitales donde las distintas partes presentaban sus posturas en la búsqueda de justicia.

A lo largo del año en Facebook, Instagram y Twitter, se fue utilizado el hashtag #NoEstasSola en apoyo a las mujeres que sufrían de violencia doméstica, así como el #AbortoLegalYa y #AbortoSi, por la Acción global para la legalización del aborto, acompañados de imágenes de mujeres con pañuelos verdes. El uso de redes sociodigitales sirvió -y ha servido- para informarse, seguir movilizadas e, incluso, para monitorear a través de aplicaciones como WhatsApp o Telegram a las compañeras que asisten a las protestas.

Lo que he descrito hasta aquí son una diversidad de tecnopolíticas feministas. La tecnopolítica es “la reapropiación de las herramientas y espacios digitales para construir estados de ánimos y nociones comunes necesarias para empoderarse, posibilitar comportamientos colectivos en el espacio urbano que lleven a tomar las riendas de los asuntos comunes” (Toret *et al.*, 2013: 45). Este ejercicio ya se venía haciendo desde años anteriores, pero en la pandemia hubo que crear, empujar y desdoblar más posibilidades. Y así se hizo, con un escenario de violencia, de hartazgo y exigencia de justicia cuando no pudo intervenir espacios físicos, las colectivas feministas y mujeres organizadas hicieron despliegue de inventiva.

De entre todas estas acciones quiero detenerme en la realizada por un grupo de feministas en el Estado de Hidalgo, quienes protestaron de manera virtual con la edición de imágenes en las que aparecen pintas sobre edificios icónicos, lugares públicos y arqueológicos. En la intervención escribieron frases como *No estamos todas*, *No quiero tu piro-po*, *Quiero estudiar*, *Si tocan a una, respondemos todas*, *Basta de cubrir abusadores*. La manifestación fue replicada en otros Estados, y llamaron la atención sobre la instantánea indignación que produce ver estos sitios rayados, no así con los casos de violencias contra las mujeres. Me interesa esta acción porque permite reflexionar sobre la imbricación



calle/red en las tecnopolíticas feministas y sobre los dispositivos de visibilidad de la violencia, justamente con materialidades visuales puestas a circular en redes sociodigitales, y su relación con compromisos afectivos que se construyen y sostienen con estas prácticas en tiempos de pandemia.

Piedras preciosas

Las redes horizontales de comunicación interactiva y multidireccional en Internet, favorecen la colaboración, la solidaridad y desafían la dominación no sólo porque conectan, sino porque comparten indignación y construyen propuestas (Castells, 2012). Por medio de los procesos interactivos de comunicación, se comparte una cultura de la protesta social, de estrategias de libertad y la autonomía, según señala Castells (2012). Los activismos se apropian de las tecnologías y con ello promueven usos que no sólo responden a lo que acontece en su localidad sino a la producción de imaginarios alternativos para las prácticas de resistencia (Chenou y Cepeda-Másmela, 2019).

De manera particular, las tecnopolíticas feministas incorporan en su inspiración al cuerpo vulnerable, a la condición de interdependencia y a las emociones (Rovira Sancho, 2017). Hacen seguimiento de casos para exigir justicia y no dejar solas a las familias; expresan rabia e indignación mientras entregan datos para contrarrestar la posición oficial; consiguen presionar con la dureza de esos datos para que se reconozca el escenario y se tomen medidas, al tiempo que dan un mensaje de acompañamiento a la distancia a quienes están pasando por situaciones de violencia y busca otras formas de hacer visible lo que acontece, tanto la violencia como la poca sensibilidad de muchas personas para darle importancia a la demandas feministas.

Así lo hicieron colectivas feministas en Hidalgo al elaborar una protesta virtual el 31 de agosto en la que se editaron imágenes de lugares emblemáticos del Estado, monumentos y lugares arqueológicos aparecían con pintas que decían *no es no, vivas nos queremos, tocas a una, respondemos todas* (Ilustración 1). Al compartir las imágenes³, la Colectiva Aquelarre Cihuacóatl expresó en sus redes sociales que los monumentos estaban intactos, que no fueron realmente rayados y que se trató de una protesta simbólica: “Sus preciosas piedras siguen intactas, sin embargo, de muchas mujeres no se puede decir lo mismo”. Sucede que días antes, el 29 de agosto, habían salido a las calles para exigir justicia por las desapariciones y asesinatos de mujeres en el Estado, como no habían recibido respuesta continuaron de manera virtual.

3 Aunque las imágenes son públicas, es decir han sido compartidas sin restricciones en el perfil de Facebook de la Colectiva, como parte de un ejercicio ético, contacté con ellas para solicitar permiso de tomar pantallazo de sus publicaciones con fines reflexivos.



Ilustración 1. Publicación en el perfil de la Colectiva Aquelarre Cihuacóatl



Fuente: Colectiva Aquelarre Cihuacóatl (Facebook, 2020)

La colectiva Aquelarre Cihuacóatl, convocó a más intervenciones de este tipo desde cualquier Estado, país o región (Ilustración 2). En dicha invitación comentaron sobre la indignación de las personas ante el rayado de monumentos y expresaron que estas edificaciones no son adornos sino pedazos de historia, y se pueden limpiar, volver a como estaban antes, a diferencia de nuestras amigas, que ya no regresan.

Ilustración 2. Publicación de convocatoria Colectiva Cihuacóatl



Fuente: Colectiva Aquelarre Cihuacóatl (Facebook, 2020)

En el perfil de la colectiva fueron compartiendo imágenes de otros Estados a lo largo del mes de septiembre, sobre todo de Jalisco, Colima y Coahuila (Ilustración 3). En las imágenes se repitan las frases, se ponen otras, se les cuelga pañuelos a las estructuras⁴, se les transforma en un lienzo insolente, en tanto intenciona una provocación, una confrontación que, al ser conseguida, confirma el mensaje que se quería dar: esto es lo que valoran, esto es lo que les importa, que se tocó el monumento, no lo que les estamos diciendo con él.

⁴ Se estaba, además, en vísperas de la acción #28S (28 de septiembre) por el aborto legal. De hecho, a la par de la convocatoria de la Colectiva Aquelarre estaba #PintasVirtuales #RumboAl28S.

Ilustración 3. Imágenes digitales en Jalisco, Colima y Coahuila.



Fuente: Colectiva Aquelarre Cihuacóatl (Facebook, 2020)

Las palabras, dice María Izquierdo:

(...) nos permiten pasar de la vivencia a la experiencia, sirven para decir la verdad y para mentir, para reflexionar sobre nuestros deseos, condición necesaria para desarrollar deseos de segundo orden, y para activar los deseos de primer orden de una manera irreflexiva. Sirven para decir cómo creemos que son las cosas y cómo desearíamos que fueran, y para ocultar lo que creemos que son y lo que queremos que sean. (1998: 3)

Escribir *no es no, yo te creo, tu silencio es cómplice*, habla justamente de experiencias, de verdades, de deseos compartidos, de lo que las colectivas feministas afirman que está pasando, de lo que quieren que pase y de lo que saben que pasa cuando accionan, porque lo que expresan no lo imprimen en cualquier lado. Es no menor que estas palabras y lo que sintetizan, se hayan escrito virtualmente en edificaciones relevantes del espacio público. Para pensar en ello me remito a la metáfora de transformar documentos en monumentos planteada por Michel Foucault (2010) en la arqueología del saber, para reflexionar con su enunciado sobre estas imágenes que, en el juego de palabras, pienso como acciones que documentan en dos sentidos. Por un lado, la falla de documentos que hemos convertido en monumentos alrededor de la violencia contra las mujeres, entiéndase, por ejemplo, la Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la violencia contra la mujer conocida como la Convención de Belem Do Para de 1994; la Convención sobre la Eliminación de todas las formas de discriminación contra la Mujer, CEDAW de 1979; y en México, la ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia (LGAMVLV). Dichos documentos han sido considerados piedras preciosas que costó pulir y poner, para que se reconocieran las violencias naturalizadas e invisibles. Están llenos de palabras que dan cuenta de las experiencias de muchas, dicen verdades y pretenden que se desarrollen deseos de vidas libres de violencia. Son valiosos documentos, no pretendo restarles importancia o deslegitimarlos como instrumentos, sino comprender que contar con ellos no se ha traducido, ya no digamos en disminución de las violencias, sino en el reconocimiento de ellas por parte de las personas responsables de prevenir y atender, así como en la sociedad en general. Las leyes, las reformas, las convenciones que

se suscriben y citan en los protocolos y las conmemoraciones de día de la mujer *no siempre promueven la liberación* (Núñez, 2019), se convierten en un medio simbólico, en un monumento, en un hito relevante, en una obra pública de valor humano, de valor político, en una conmemoración que es cotidianamente olvidada y poco cuestionada.

Por otro lado, la metáfora es provocadora para pensar que los monumentos, las edificaciones arquitectónicas de trascendencia histórica, cultural y artística, sirven para documentar una acción de denuncia, un contexto histórico de violencias y reacciones ante dicha denuncia. Lo documentan porque hacen visible ahí en el lienzo en el que parece que importa lo que se dice, según lo que se dice en él. Muy probablemente el monumento digitalmente en cuestión no se ve en la cotidianeidad, hasta que lo hacen ver con las palabras que le inscriben y por quiénes se lo adosan. Es un juego de documentación, de visibilidad de las violencias. Pero, al ser intervenciones digitales ¿Cómo estás imágenes editadas juegan con dispositivos de visibilidad y documentación?

Dispositivos de visibilidad e inventivas feministas

De acuerdo con Marugán y Vega (2002), las formas en que miramos el problema de la violencia tienen que ver con la producción de un dispositivo de visibilización que nos lleva a atender aspectos específicos, perdiendo de vista en ese enfoque el contexto que les da lugar. Se producen entonces “(...) operaciones de focalización como una intensa acotación del campo que fija en la retina pública una poderosa representación, la de la mujer maltratada, y ensombrece la red de relaciones históricas y de carácter multidimensional en las que se inscribe” (Marugán Pintos y Vega Solís, 2002: 417). Dicho dispositivo no es únicamente producido por la prensa o la ficción, sino también por los abordajes gubernamentales, sus agendas y herramientas legales para mostrar y nombrar, desde posiciones parciales y situadas que no se muestran como tales.

Es importante tener presente esta condición en la focalización porque la violencia, parafraseando a Agustín Martínez (2016), no es una sustancia o un hecho aislado, totalmente terminado y asible en sí mismo, sino que trata del tinte que asumen ciertas relaciones sociales. Y son esos tintes de las relaciones y lo que les da lugar y sostén, lo que se diluye cuando se nos muestra lo que le pasó a alguien, cómo, cuándo, cuánto, por qué, dónde y con quién. Focalizar públicamente una serie de detalles, arma un centro de importancia y una periferia que queda, si no irrelevante, al menos difusa.

De ahí que Begoña Marugán y Cristina Vega se pregunten por los rasgos que caracterizan esta operación de focalización que ilumina al tiempo que oculta (Marugán y Vega, 2002: 417). Explican que los actos de violencia se transforman en sucesos a examinar en sus pruebas, testimonios y antecedentes, pero suspendidos de su trazado y proyección, aislados de todo pasado y futuro en su escenificación. La mediatización hiperrealista de quien es maltratada, aunque raye en lo aberrante, se convierte en algo absolutamente banal. Es retratada de manera tal que quienes miran cruzan la cuarta pared de lo privado, valoran el acontecimiento que consumen y rápidamente lo almacenan junto con otros tantos que asumen forman parte de estadísticas y planes de atención del gobierno. “Los instrumentos de visualización –texto, imágenes, encabezamientos, pies de foto, disposición dentro del periódico, etc.– definirán los contornos de la violencia, un escenario circunscrito por la clase de personajes que en él actúan y por los hechos y discursos autorizados” (Marugán & Vega, 2002: 418).

Cuando en la convocatoria la colectiva dice “quisiera ser monumento para que se indignen si me tocan”, está dejando patente el efecto de los dispositivos de visibilidad de la violencia en los medios de comunicación, en la primera negación de la presidencia sobre el aumento de la violencia en contexto de confinamiento, en el poco impacto y desconocimiento de su campaña *cuenta hasta 10* y en la deslegitimación de las protestas



feministas. No es que no sepamos de los casos de violencia, pero se ha banalizado su abordaje hasta no ser relevante, o no más relevante que la siguiente noticia o prioridad de la agenda. Entonces, las colectivas buscan maneras de hacerlo relevante, de visibilizarlo con un efecto contrario que es sacarlo de lo privado, donde se suele creer que ocurre la violencia con una serie de detalles que atienden más al estilo de vida de quien vivió la violencia – y su cuestionamiento–, que a las estructuras sociales sostenedoras de violencias sistemáticas, y ponerlo, no sólo en lo que se entiende por público, sino en lo que se asume como un bien público, algo que es y forma parte del tránsito habitual de las personas y que tiene un valor estético y simbólico para ellas.

A diferencia del dispositivo que oscurece al contexto, la acción digital de intervenirlo se vuelve un contra-dispositivo de visibilidad que lo enuncia en un doble movimiento. En el primero señala el carácter estructural de las violencias inscribiéndola en estructuras sociales; cuando manifiestan que los monumentos son un cachito de historia, se reapropian de ese cachito para seguir dando cuenta de la historia, que no es *su historia* privativa e individualizada, sino social y encarnada. En el segundo, muestra el problema de la concepción que tenemos de las violencias, porque lo que nos indigna es la intervención de los monumentos.

El uso que hacen de las tecnologías de la imagen para manipular la visibilidad y con ello la atmósfera de reacciones afectivas, refleja un deseo (Van Dijck 2007 citado en Gómez Cruz, 2012), una agencia motivada y sostenida de situar la denuncia en memoria (Selfa, 2020) de las que ya no están, un posicionamiento ante los acontecimientos que te mueven y te hacen sentir enojo, pero que sabes que indignarán a muchas otras personas, aunque no por las razones que deberían, formando parte del entramado que sostiene la violencia por la que estás protestando, por la que estás provocando. Con ello mantienen su acompañamiento, su rabia, su compromiso con la exigencia y al mismo tiempo confrontan a las personas a lo que les indigna, a la moralidad que valora monumentos.

Della Porta y Dian (2015), citan a Tarrow (1998) para señalar que “(...) muchas formas de protesta presentan cierto grado de destrucción material. La acción de los movimientos sociales es a menudo transgresora en el sentido de que obstruye el curso normal de los acontecimientos mediante la amenaza de desórdenes” (p. 226). El ejercicio de la colectiva destruye con ironía esa materialidad monumental y valorada para romper el curso de la indiferencia frente a las violencias y enfrenta a las personas a sus propias reacciones cuando se ocupa de informarles a quienes se detienen a mirar los Atlantes, las iglesias y campanarios que “sus preciosas piedras siguen intactas, sin embargo, de muchas mujeres no se puede decir lo mismo”. Es una forma de decirles a quienes esperan “te preocupaste, te alarmaste, te indignaste, pues no pasó nada, pero ahora tengo tu atención para decirte que a mis amigas sí les pasa, les pasó ¿Qué te pasa con eso? Porque a nosotras nos pasa algo, sentimos algo, pero no en la misma dirección o intensidad que tú”.

Con estas acciones de visibilidad, los colectivos además afirman su compromiso afectivo (Jasper, 2018), sentimientos que se traducen en ideas feministas, de comprensión de la violencia, de justicia hacia quienes la han vivido y perecido ante esta, comparten el miedo de pasar por una situación de ese tipo y sienten la rabia ante estos hechos. Estos sentimientos contribuyen a la identidad colectiva, aporten en la identificación de un *ellos* y un *nosotras*. La rabia ante la violencia, la necesidad de amor, de empatía, son emociones que tienen un impacto en la disponibilidad para accionar (Jasper, 2018). Después de haber ocupado las calles y no tener respuesta, las colectivas, por su compromiso afectivo, buscaron otra forma de actuar en tiempos de confinamiento. La Colectiva Feminista Mujeres de Tule explicó en sus redes que la protesta virtual fue “(...) solo una prueba para visibilizar que no les importan nuestras vidas. Que se preocupan y ofenden mucho más por unas paredes y unos monumentos rayados, que, por toda la violencia, las desa-



pariciones y feminicidios en Hidalgo [...] Y esto no termina. Seguiremos exigiendo hasta que obtengamos respuestas, soluciones y hasta que se haga justicia por Mariana, Yazmín, Alondra, Fabiola, Ana Karen y todas las que ya no están”. Esto de alguna manera vuelve por un momento el foco al espectador y cuestiona el compromiso afectivo que tiene con los lugares que le indigna ver pintados.

Pero no sólo las convocantes de esta acción cuentan con esa reacción. De entre las publicaciones, la colectiva comparte un posteo de azteca noticias con el #indignante {“aparecen” pintas feministas en los monumentos de Hidalgo y los usuarios arremeten}. La palabra *aparecen* está entre comillas, por lo que el portal de noticias juega un poco con el clickbait⁵ para que las personas entren a la noticia y se enteren en el desarrollo de ésta que se trata de una intervención digital.

En los comentarios de la publicación que hizo en su perfil de Facebook la Colectiva, se puede leer: ahí sí nooo!, ni de broma, desmadren cosas coloniales o modernas, pero eso no (...); por qué en los atlantes? (...); así no lograrán nada; (...) atrevanse, bola de resentidas; entre otra serie de reclamos y deslegitimaciones a las protestas. También hubo personas que se dieron el tiempo de escribir insultos y amenazas sutiles y directas -que no voy a citar-, frente a lo cual muchas otras personas se ocuparon de aclarar que se trataba de una intervención digital. Se respondía a su vez con celebración por la idea, con humor y memes de las reacciones de las personas ofendidas.

Con toda esta interacción en redes sociodigitales, la colectiva nos deja en la imagen de un monumento intervenido una documentación de frases, de gritos y estética feministas, pero también un archivo de reacciones múltiples. Al focalizar la visibilidad en el monumento, hace latente que no hubo respuestas a las demandas que emprendieron días antes, que no van a dejar de accionar, que mucha gente responde a la intervención de los que asume sus espacios, y que no están solas porque otras las apoyan y replican. Sin tocar, sin asistir, sin salir, con un dispositivo tecnológico, acceso a internet e inventiva, escogieron monumentos, escribieron textos y pusieron a circular imágenes que ahora forman parte de los archivos de las protestas feministas en tiempos de covid-19.

Reflexiones finales

Si bien los movimientos feministas venían de agitaciones intensas, la pandemia las enfrentó al desafío de no detenerse y, además, abordar las problemáticas que con el confinamiento se evidenciaron y exacerbaban. Fueron muchos los caminos que tomaron las protestas y en este ejercicio reflexivo quise destacar una protesta de pintas virtuales que tuvo efectos muy reales. Con ese ejemplo, no sólo queda patente la inventiva en las tecnopolíticas feministas, sino la porosidad de la calle/red en lo que sentimos. Nos emocionamos y reaccionamos con lo que vemos, tanto, que las colectivas cuentan con esa reacción para desplegar sus acciones en sus intentos por lograr que a las personas les importe lo que pasa y se transforme.

Las imágenes pueden traducir y sintetizar un contexto, una atmósfera social, porque crean un espacio-tiempo intensivo, en donde están, además de coyunturas determinadas, prácticas que contribuyen a sostenerlas en importancia más allá del momento de movilización en la calle.

Por último, nos queda seguir reflexionando de manera activa sobre las maneras en que la violencia se hace visible o se desplaza hacia lo público, porque, “estas mane-

⁵ Cebo de clic, traducido del inglés que consiste en persuadir con titulares sensacionalistas para atraer la atención de usuarios y que entren al enlace.



ras pueden ser problemáticas desde una perspectiva feminista” (Marugán Pintos y Vega Solís, 2002: 416), y esto implica también la necesidad de remiradas feministas plurales sobre las formas de develar la violencia en esta operación.

Referencias

Castells, M. (2012) *Redes de indignación y esperanza. Los movimientos sociales en la era de internet*. ePub r1.2. Epublibre.

Chenou, J. M. y Cepeda-Másmela, C. (2019) “#NiUnaMenos: Data Activism From the Global South”, *Television and New Media*, 20(4), pp. 396–411. doi: 10.1177/1527476419828995.

Foucault, M. (2010) *La arqueología del saber*. D.F.: Siglo Veintiuno.

Gómez Cruz, E. (2012) *De la cultura Kodak a la imagen en red : una etnografía sobre fotografía digital*. Primera. Barcelona: Editorial UOC.

Izquierdo, M. de J. (1998) “Los órdenes de la violencia: Especie, sexo y género”, en *El sexo de la violencia. Género y cultura de la violencia*. Barcelona: Icaria, p. 26.

Jasper, J. (2018) *The emotion of the protest*. First. Chicago: The University of Chicago Press.

Martínez, A. (2016) “La violencia. Conceptualización y elementos para su estudio”, *Política y Cultura*, Otoño 2016, pp. 7–31.

Marugán Pintos, B. y Vega Solís, C. (2002) “Gobernar la violencia: apuntes para un análisis de la rearticulación del patriarcado”, *Gobernar la violencia: apuntes para un análisis de la rearticulación del patriarcado*, 39(2), pp. 415–435. doi: 10.5209/POSO.25126.

Núñez, L. (2019) “El giro punitivo, neoliberalismo, feminismos y violencia de género”, *Revista Política y Cultura. Creatividad y luchas de las mujeres frente a los efectos del neoliberalismo*. Disponible en: https://www.academia.edu/40274356/El_giro_punitivo_neoliberalismo_feminismos_y_violencia_de_g%C3%A9nero (Consultado: el 25 de febrero de 2023).

Della Porta, D. y Diani, M. (2015) “Los movimientos sociales”, en. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas: Complutense.

Portillo, M. y Beltrán, D. (2020) “Vista de Efectos de la pandemia por la Covid-19 en las movilizaciones feministas de la Ciudad de México”, *Revista Mexicana De Estudios De Los Movimientos Sociales*, 5(1), pp. 6–36. Disponible en: <http://www.revistamovimientos.mx/ojs/index.php/movimientos/article/view/250/79> (Consultado: el 3 de marzo de 2023).

Rovira Sancho, G. (2017) *Activismo en red y multitudes conectadas. Comunicación y acción en la era de Internet*. Ciudad de México: Icaria.

Selfa, A. (2020) “Los desplazamientos de la memoria : imagen y redes sociales Memory displacements : image and social networks”, *Textos y contextos*, 21, pp. 51–62.

Toret, J. et al. (2013) *Tecnopolítica: la potencia de las multitudes conectadas. El sistema red 15M, un nuevo paradigma de la política distribuid*. Barcelona. Disponible en: <https://github.com/datanalysis15m> (Consultado: el 19 de julio de 2021).

Vargas, G. (2021) “La Construcción De Una Ética Feminista Ante La Pandemia



Por COVID-19”, en Nuria González Martín (ed.) *Covid-19 y su circunstancia. Una visión jurídica plural de la pandemia. Volumen II: Aspectos filosóficos y bioéticos*. Primera. Ciudad de México, Querétaro: Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, pp. 71–87. Disponible en: www.juridicas.unam.mx[https://biblio.juridicas.unam.mx/bjvLibroCompletoen:https://tinyurl.com/avwestwywww.queretaro.gob.mx/](https://biblio.juridicas.unam.mx/bjvLibroCompletoenhttps://tinyurl.com/avwestwywww.queretaro.gob.mx/) (Consultado: el 24 de febrero de 2023).

